

El nuevo periodismo ni es un invento reciente de los norteamericanos ni es privativo del mundo anglosajón. Como bien ha dicho Marco Aurelio Carballo, siempre hemos contado con periodistas que ambicionan ser literatos y escritores que desean hacer periodismo. Es inevitable, algo muy fuerte tienen ambas tareas: la escritura. Entre nosotros los mexicanos, desde hace tiempo tuvimos periodistas agudos, inteligentes, de amplia cultura, que buscaron innovar, cumplir con las características de informar, divertir y transformar. La lista es larga y destaca uno, Enrique Loubet Jr. Fue periodista de Excelsior en la época de Julio Scherer y con él salió. Formó parte del grupo que fundó el Unomásuno y regresó a su casa de siempre: a Excelsior, donde dirigió la sección cultural diaria y la publicación decana del país: Revista de revistas. Nunca dejó de ser reportero eficaz. Cumplió con todos los géneros, nadie de aquella época puede olvidar sus reportajes memorables, lleno de buena prosa, ingenio y estructuras novedosas. Como entrevistador alcanzó gran prestigio y en 1975 el Fondo de Cultura Económica editó un libro suyo: Nueve famas, nueve entrevistas notables, todas ellas memorables, sobresalen las que le hizo a Borges y a Casals. De todas hemos seleccionado una, que lo muestra como un periodista innovador y de largo aliento: la que le hizo al ruidoso pintor, ex surrealista, ex amigo de Luis Buñuel y el único que fuera expulsado del grupo de André Bretón a causa de su avaricia material y su gusto por el dinero y la frivolidad, por sus aficiones políticas reaccionarias: Salvador Dalí.

La publicamos por el miedo que nos produce que las nuevas generaciones crean inventar el hilo negro y el agua medio caliente. Loubet era un periodista que sabía mantener la atención del lector y eso no es cualquier cosa. En lo político, nadie como él para manejar la nota de color y darle al serio reportaje un toque de fina elegancia humorística. Enrique Loubet Jr. es un modelo para nuestros estudiantes de comunicación.

El Búho

## Salvador Dalí

Hay entrevistas que, en un principio, siempre parecen difíciles; si no imposibles.

Es, ¡tan importante! el posible entrevistado que normalmente cabe preguntarse: ¿Me recibirá? ¿No estará muy ocupado?... Curiosamente, suelen resultar las entrevistas más fáciles. La de Dalí, en esto, no fue una excepción. La solicité desde Madrid y en un par de días recibí la respuesta del surrealista: ¿Preferiría hacerla el domingo por la tarde o el lunes por la mañana? Elegí el domingo (porque así aún quedaría la posibilidad del lunes) y me recibió tal día. Poco después, la estaba escribiendo mientras viajaba a Yugoslavia.

Estoy en Port Lligat.

-Maestro -pregunto-, ¿qué es un genio?

-Dalí -contesta imperturbable Salvador Dalí.

# Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ENRIQUE LOUBET JR\*

-¿Qué separará al genio de la locura?

-La inteligencia. La única diferencia entre un loco y Dalí es que yo no estoy loco.



Gustavo Alonso Ortiz

Pero empecemos por el principio... Porque, en la entrevista, el surrealista de Figueras abordó, aquí y allá, las más diversas cuestiones.

Baste, como ejemplo, esta afirmación: “Dalí opina sobre todo lo que existe.” (Y debo acotar que, al parecer, lo dijo perfectamente convencido. Y que lo demostró. No dejó pregunta sin respuesta.) Pero, ¿habla en broma o en serio? Difícil precisarlo. Es probable que ni él mismo lo sepa.

Eso sí, es muy original. O ¿no es singular que se crea inmortal? ¿O que piense inventar un líquido que, puesto en el dorso de la mano, permita ver la tele? ¿O que diga que las moscas van a ser nuestra salvación? Y ¿no es paradójico, en fin, que considere al trabajo embrutecedor y antiangelical, un hombre que se levanta a trabajar antes que los pescadores?

Bueno, hablar con Dalí resulta todo un intrincado laberinto. Intentemos no perdernos en la transcripción...

Los bigotes destacan en su rostro aceitinado. ¿Cómo no van a resaltar si las guías, por un milagro de equilibrio (“y de pomada húngara”, según lo confesó) apuntan inmóviles, como finas astabanderas, al centro de cada pupila? Y, sin embargo, no son estos peculiares mostachos –únicos, tal vez con sus casi 30 centímetros– lo que más llamaría la atención. Son algo de lo mucho que sorprende. Como lo es, agreguemos, el gorro de plástico transparente, con ciertas reminiscencias de antiguos cascos mongoles, que cubre su cabeza. O su báculo de retorcido puño, su chamarra de piel de leopardo y su negra camisa con flores bordadas. O su misma casa en este puertecillo de pescadores de la Costa Brava. Una casa totalmente blanca, rematada con descomunales huecos de cemento y cal, asimismo blancos. Si se le pregunta

sobre esos peculiares adornos, Dalí iniciará una historia acerca de su nacimiento y la leyenda de Cástor y Pólux, que rebasaría cualquier originalidad previa. En fin... Digamos algo de la casa. La bienvenida, en cuanto se traspone la puerta, la da un oso polar (disecado ¡gracias a Dios!), el cual sostiene una lámpara que alumbra la empinada escalera. Hay por ahí, también, un búho. Y en los pasillos de la azotea un tótem, cuernos retorcidos...

–Todo lo que hay en esta casa son accidentes

–me dice Dalí.

– ¿Hasta usted, maestro?

–Yo soy el mayor de todos.

Dalí –en esta entrevista que empieza a las seis y media de la tarde (dicen que duerme siesta), y que termina poco más de una hora después–, habla de la juventud rebelde, a la que quiere convencer de las excelencias de la monarquía. –Los cabellos largos, las flores, las guitarras, encajan muy bien en la Edad Media –sostiene. Añade, saltando a otro tema, que se considera muy mal pintor, aunque también afirma: –La modestia no es una de mis cualidades, y debo aclarar que soy el mejor que existe hoy en día. Los demás... son tan malos, que es fácil serlo. Charla asimismo de la obra que hace para la Olimpiada Cultural de México. Y, desde luego, conversa sobre Salvador Dalí.

Como no parece bromear, dediquemos un apartado en esta crónica a sus esperanzas en el mundo de mañana:

–Hibernación... sí; hibernación. Si tiene usted ocho mil dólares, lo pueden congelar y despertarlo posteriormente. Claro que, a mí, me lo harían gratis...

– ¿Por qué? –pregunté al pintor de 64 años.

—Hombre, ¿imagina la publicidad? –contesta.

Quizá pensando en todas estas cuestiones, cuando indago si pensaba que alguien continuaría su obra, responde:

-Mis obras van a seguir. Pero, además, yo no pienso morirme.

La entrevista se efectúa en un salón, con ventana al mar, que se halla en la parte alta de la mansión del artista. Dalí se sienta en la cabecera de una mesa rústica en forma de herradura. Frente a él, sobre la tabla, unos retorcidos cuernos. Atrás, en las paredes, más cuernos y unas alas de águila extendidas. Después de cierta espera llegó por una empinada escalera que subió casi a brinquetes. Con zapatillas rojinegras, el báculo, la chamarra de piel de leopardo y las guías de los bigotes apuntando arriba.

-¿Habla usted español? -fue lo primero que preguntó. Y, ante la afirmación. -¡Ah! muy bien.

Por cierto que el castellano de Dalí no es, ni mucho menos, un español académico. Varias veces da la impresión de traducir del francés, o del catalán. Por lo demás, intercala en ocasiones frases en esas lenguas.

Dalí pasa de inmediato al salón. Describo someramente lo que aquí puede verse. Por lo pronto, un espejo ovalado, grande, que refleja, boca abajo, cualquier imagen. Después, la cabeza de un rinoceronte de la que cuelga una campana de pastor suizo. Hay también (¡qué no habrá en esta casa!) una pequeña armadura, un cisne hecho con pétalos de plástico, unos candelabros con velas multicolores... Cerca del salón está lo que sería el patio azotea de la casa. Aquí, entre los grandes huecos de cemento, plantas muy mexicanas: magueyes y nopales. Y un palomar raro que en algo recuerda una casita oriental. Todo blanco. En el centro del patio, una escultura de mangueras y una regadera invertida ("me la regaló un amigo 'jipi'", precisa Dalí), y unas enormes tazas; de hecho, macetas, en las que crecen olivos. A fuerza de sumar tantas rarezas llegan a parecer cosas normales de cualquier

hogar. Tal vez por ello, lo que resulta más extraño allí es una antena de televisión.

Gala, esposa del pintor, está presente en parte de la entrevista. Dalí se apresura a presentarla ("lo que más quiero") y a decir que no estaba interesada en que la fotografiaran.

Y es que conmigo está don Plácido Ponce de Pedro. El único fotógrafo de Cadaqués, que en las guías de turismo aparece con 1 319 habitantes. Es la mayor población cercana a Port Lligat. De hecho, el puerto no es sino una prolongación de Cadaqués, pueblo que, se dice, surgió como baluarte feudal para defender a los francos del empuje de los musulmanes. Hoy en día, entre los lugares de interés, Cadaqués anuncia a Port Lligat, "en donde tiene su mansión el gran pintor Salvador Dalí". Muy bien, pero el hecho es que no hay más que un fotógrafo. Esto lo dijo el propio alcalde, don Emilio Puígnam, quien, por cierto, me ayudó a conseguir la entrevista. Y el señor Ponce de Pedro celebraba ese día su cumpleaños. Como dejó su fiesta para acompañarme a tomar unas fotos de Dalí, quiero citarlo aquí. Toma fotos del pintor, pero no de Gala.

Y volvamos a Dalí. Y a su explicación del *Atleta Cósmico*, la obra que hace para la Olimpiada Cultural de 1968, en México. Procuero anotar cuanto dice. Si a pesar de eso no resulta muy inteligible, pues... Se trata de un óleo de dos por tres metros. Predominan los colores amatista, amarillo y verde aceituna. (Digamos, de paso, que el amarillo es el favorito de Dalí, "porque es el color de las proteínas".) Hasta aquí, todo muy claro.

-La obra -Dalí explica- es una copia exacta del yeso que hice como adolescente sobre *El Discóbolo*, de Mirón. Pero, en vez de un disco en la mano, está el Sol. Y el atleta está plasmado en el momento de poner en órbita la energía humana cuantificando la solar.

El pintor, que ha empleado hasta ahora un tono reposado, pega un formidable grito para asentar:

-En El Discóbolo se repite de manera implacable la estructura molecular del ácido desoxirribonucleico.

-(Interrumpo los altos tonos para pedir que repita la palabra. Dalí lo hace tres veces. Y, por si no bastara, añade que el ácido en cuestión se conoce como DNA y que es "el origen de la vida, según los últimos descubrimientos de la biología".)

-¿Y la mano que anda buscando como modelo? ¿La encontró, finalmente? -indago para abandonar un tema que se complica.

-Sí; fue la de un chico francés que pasó por aquí. Gala se fijó en ella...

Dalí, que ahora pinta ese formidable atleta, dista mucho de ser un deportista. Reconoce que, muy pequeño, jugó como portero en un equipo de futbol de niños. Y confiesa que, ahora, "todo ejercicio me incomoda y lo más violento que hago es subir en ascensor". ¿Precio de la obra? "Es confidencial."

-¿Puede verse? ¿Fotografiarse?

-No; nunca la enseñé antes.

-Y ¿qué significa para usted una olimpiada?

-Como soy más bien un artista, me interesa lo estético. Si hay un ser que llega a la belleza de los clásicos griegos, eso será para mí lo de más alto mérito. Y de lo clásico, el disco es lo más perfecto.

Dalí, cuyo gorro asombraría al más indiferente, pide champaña. Y se sirve, en la mesa, una champaña roja. Un vino local que hace don Mateo, "nuestro embajador", de acuerdo con la expresión de Dalí.

-¿Tiene el gorro algún significado?

-Sí. Significa que me he dado un golpe en la cabeza. Me dieron tres puntos...

-¡Dalí nunca miente! -vuelve a gritar. (Esta vez casi me asusta.) Y para probar que no miente se quita

el curioso casco de plástico y enseña su herida cerrada. Lesión, dice, que se hizo al levantarse lleno de júbilo, cuando despertó de un sueño que le dio una prueba más de la existencia de Dios.

-Ahora, protejo la cabeza de una manera casi litúrgica. Es un gorro como los de Paco Rabal. ¿Los conoce usted?

-¿La chamarra de piel de leopardo es también algo simbólico?

-No; la traigo porque hace frío...

-¿Tiene alguna opinión sobre la juventud?

-Dalí tiene una opinión sobre todo lo que existe.

Dicho lo cual, se lanza: -Me parece interesante que la juventud se rebele contra una cultura burguesa que he sido el primero en combatir. Pero, como yo soy católico, apostólico, romano y monárquico, creo que la cultura burguesa no puede ser cambiada más que por una sociedad aristocrática. Rusia misma, va paulatinamente ahora a una cultura burguesa. Si nacen nuevos príncipes del espíritu, se forma la aristocracia. Si hay un rey legítimo, fatalmente habrá la revolución cultural aristocrática. La monarquía es el régimen político que más me agrada. Una monarquía como la de Felipe II, Carlos V y Luis XIV. Pero que, ahora, se base en los adelantos modernos que serán los que resuelvan los problemas.

-Y, entonces, ¿qué va a hacer el rey?

-El rey será el símbolo supremo, hereditario, y que viene de Dios.

-¿Bajo qué tipo de régimen cree que puedan surgir más artistas?

-En la monarquía. En las democracias es un desastre, porque hay la tendencia a la supresión de la individualidad. Conducen a que todo el mundo mire lo mismo, vista igual... por eso los "jipis" se rebelan.

Encuentro que toda la juventud es revolucionaria: beatniks, “jipis”, son el síntoma de que hay un cansancio de la cultura burguesa. Ellos no saben por qué cambiar. Por eso trato de convertir al joven a la monarquía... Vea, los cabellos largos, las flores, las guitarras. Todo ello encaja mejor en la monarquía. Todos parecen de la Edad Media.

Las fotografías presentan a Dalí con enormes ojos. Ojos que, además, parecen negros. Ni lo uno ni lo otro. En principio, no son tan grandes. En cuanto al color, el propio artista dice que son “verdes aceitunados, un poco como las hojas de los olivos”.

Dalí –dueño de más de veinte bastones, de varios gorritos, uno de ellos negro y rojo que parece el de un gnomo– habló durante la entrevista de otros pintores. A diversas preguntas, contesta:

–El mejor del pasado, Velázquez. El cuadro que más me gusta, Las Meninas. Del presente, Picasso y yo...

–¿En ese orden?

–Sí, porque él es más grande y yo lo respeto. Es un poco como mi padre. Pero, con el tiempo, mi obra superará la suya. Yo, ante todo, soy un héroe. Me revuelvo contra el padre y prevalezco.

Hay otra pregunta sobre los maestros mexicanos: Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo... Dalí no elogia a casi ninguno.

–Los pintores mexicanos, buenos ilustradores y propagandistas políticos, son poco importantes.

–Pero... ¿Tamayo? ¿Propagandista político?

–Tamayo es un reflejo mexicano de la escuela de París. Los otros son un producto de México. Los muralistas tienen esa violencia que les permite hacer obras impresionantes, pero lejos de la pintura tradicional, como Velázquez, donde no hay alusión políti-

ca. Siqueiros tiene más individualidad que Rivera y más violencia. . . Perdona, ¿Siqueiros es el que no tiene una mano?

–No, era Orozco.

–Me equivoqué. Yo me quiero referir a Orozco. Es el que tiene más individualidad, más violencia, más personalidad.

–¿Y de los jóvenes artistas? ¿Habrás sabido de Cuevas?

–Sí, he oído. Pero me interesa muy poco.

Y volvió a Dalí (que es, seguramente, el tema que más le agrada).

–Aprovecho esto para decir que en la ciudad de México hay una cantidad extraordinaria de Dalís falsos. Es interesante decirlo, para poner en guardia a los honestos mexicanos que compran cuadros...

–¿No cree, pues, Dalí, que la obra artística deba llevar un mensaje social, político?



Ignacio Osorio

-Nunca lo ha llevado en los grandes periodos. Tomar parte no tiene interés estético. La política no puede interesar a la pintura. Pueden hacerse, eso sí, cuadros históricos. En esto, los rusos tienen razón. Velázquez, por ejemplo, pintó La Rendición de Breda.

-Entonces ¿la obra no debe tener más mensaje que el que en sí misma produzca?

-Sí, pero, además, expresar la personalidad del que la pinte -dice Dalí.

-Y el surrealismo ¿qué es?

El artista recuerda que, hace años, le preguntaron otro tanto cuando bajaba de un barco. Y que, parodiando aquello de "El Estado soy yo", atribuido a Luis XIV, contestó:

"Le surrealisme c'est moi".

-Hoy, insisto en ello más que nunca -subraya.

-¿Qué significan en sus cuadros tantos símbolos: langostas, muletas?

-Obsesiones. Pero las obsesiones cambian. Ahora no pinto eso. Pinto moscas...

(Aclaró aquí que el Atleta Cósmico no tiene moscas. En cambio, está agujereado.)

-¿Moscas?

-Sí. Uno de mis cuadros favoritos es Las Moscas de San Narciso.

-¿Alguna razón en particular para esa preferencia?

-Es el último y siempre el último me parece el mejor. Dalí, a quien los personajes que más le han influido son Max Plank y Freud, cree ser superior en otras facetas artísticas: -Lo mejor es mi literatura; en el fondo soy más poeta que pintor... Pero (para seguir con mis moscas) estimo que las moscas nos van a salvar por los grandes experimentos que se hacen con ellas. Por otra parte, estoy inventando la tercera dimensión en pintura, superponiendo ojos

de moscas, lo que crea un fenómeno como el "moaré".

Para abandonar el tema de las moscas (que, como dice Dalí "se reproducen mucho"), le pregunto si la gastronomía y el arte guardan alguna relación.

-¡Absolutamente! Por eso se habla de buen y mal gusto. La gente que no ha comido bien es imposible que pinte bien... -sostiene excitado.

-¿Y Modigliani, entonces? Se dice que muy pocas veces comió en banquetes...

-¡Ah! pues por eso pintaba tan mal. ¡Vaya ejemplo que ha puesto! Es de los pintores que detesto más...

Dalí, con vivaz mirada que parece ir más allá del objeto que enfoca, suele contestar rápidamente cualquier pregunta. Pero, en la entrevista, respondió como una saeta la siguiente:

-Si sólo pudiera pintar un cuadro ¿cuál haría?

-El de mi mujer (replica, casi antes de terminada la pregunta). Luego añade: -Ya lo he empezado. Por precaución. Va a valer exactamente cinco millones de dólares. Es el precio que le pongo. Es réplica de un cuadro por el que se pagó esa cantidad y creo que puedo igualarla. Además, es más fácil vender un cuadro por cinco millones que por mil dólares. . .

-¿Será del tamaño de La Gioconda?

-No. Es más pequeño.

Y continúa hablando de su cuadro. Y hasta del futuro comprador. Lo describe así: -El que lo comprará será más famoso que el cuadro y que yo.

Ya sobre el tema dinero, se plantean estas preguntas: ¿Pinta por ganar? ¿Revela una realidad el anagrama Avida Dollars, que le hizo André Breton? ¿Qué opina del dinero?

-El anagrama es perfecto. Lo que no es exacto es que el móvil de mi pintura sea ganar. Si no ganase

nada, pintaría lo mismo. Ahora, ya que pinto, reconozco que el dinero me fascina.

El tema le sugiere estas otras ideas: -Tengo que decir que, después de mi esposa, lo que más me gusta en el mundo es el dinero. Esto se debe a que soy un místico. A todos los místicos les ha preocupado el oro. Recuerde, si no, a los alquimistas de la Edad Media... El dinero es para mí, antes que todo, la maravillosa posibilidad de vivir sin trabajar. Trabajar es embrutecedor y antiangélico.

Por eso hay que suprimir el proletariado.

-Pero, ¿nadie va a trabajar?

Dalí imperturbable, suelta, como si tal cosa: -Sí, las máquinas.

Apunto todo. Estoy en ello cuando lanza otro grito estridente. -¡ Pero...! -exclama Dalí. A mi vez, casi aúllo (para pedirle al maestro que no grite). Gala, sentada junto a Dalí, sonríe. -Pero -Dalí sigue desatado en ritmos sinfónicos-, esto se lo dice quien trabaja más en el mundo... Me levanto antes que los pescadores...

-C'est ça ce que j'allais te dire. Tu travailles. Et lui aussi il travaille beaucoup... -interviene Gala.

Dalí, sin embargo, vuelve a su idea original. Y sentencia: -La libertad suprema es la posibilidad de vivir sin trabajar en lo absoluto.

-¿Le gusta la publicidad?

-Me gusta. Pero a la publicidad le gusta más Dalí. Lo importante es que se hable mucho de Dalí, aunque se hable bien...

-Y, ¿le interesa una publicidad de gran calidad o simplemente la cantidad?

-Mensualmente, yo recibo de Nueva York un paquete con lo que se ha publicado sobre mí. No lo leo, pero peso el paquete. Si es pesado, soy más feliz...

Luego, una petición: -Por eso, si tiene usted tiempo, haga largo su artículo. Me gustará más...

-De no haber sido Dalí, ¿qué le hubiese gustado ser? ¿Un rey? ¿Un guerrero? ¿Un sabio?

Dalí da la impresión de meditar. Es ésta, quizá, la sola pregunta que no responde en el acto. Finalmente se decide: -Un sabio. Un físico nuclear. Un Max Planck...

-¿Qué recomendaciones haría a un artista que comienza?

-Academia estricta. Que aprenda de la manera más convencional a dibujar y pintar. Para que, al tener medios de expresión perfectos, pueda expresar lo que quiera.

Dalí habla, aquí, casi como un viejo profesor. Y recuerdo que fue expulsado de la Academia de Bellas Artes como estudiante.

-Sí -dice- y me arrepiento. Había entonces un gran maestro de dibujo. Pero yo hacía cubismo. Si hoy pudiera, volvería con ese maestro.

-¿Se arrepiente de alguna otra cosa que haya hecho?

-Sí. De cada vez que he sido cruel, que he hecho daño. Encuentro que hacer daño es indigno de una persona genial.

-¿Está escribiendo algo?

-Sí. El mártir. Una tragedia. Trato en ella del bien, el mal, la moral y los ángeles.

-¿Prepara alguna otra corrida surrealista?- (Se recordará que, en la original, entre otras cosas, el toro muerto no debía ser arrastrado por mulillas, sino elevado del ruedo con un helicóptero.) -No.

Se sabe que Dalí pinta, escribe, ha hecho cine, diseña joyas, crea modas, inventa... -¿Está ahora tras algún invento?

Más serio que nunca, responde: -Sí; de una sustancia para ver televisión. Se trata de un líquido que podrá ponerse, por ejemplo, en el dorso de la mano y ver en él la televisión...

Ante tal revelación, quedarse perplejo es poco. El mismo Dalí parece preocupado. ¿Lo estará, verdaderamente? Reconoce: -Es bastante difícil... -(Seguramente lo es; esto es algo que nadie pondría en duda.) Pero para Dalí, por lo visto, no hay imposibles; porque a renglón seguido, anuncia, optimista: -Aunque, teóricamente, puede ser.

Dalí, que recuerda que a los 10 años vendió un bodegón con tres limones en cuatro mil pesetas ("mi padre se volvió loco porque decía que había vendido cada limón a más de mil pesetas"), reconoce que nunca sabe cuándo habla en serio y cuando lo hace en broma.



Martha Elba Reyez

-¿Habla usted, a veces, sólo pour epatar les bourgeois?  
-No sé cuándo lo hago en serio y cuándo en broma. Pasa que, a veces, hablo en broma y luego, una semana después, suelo decirme "¡Hombre! Pues esto está muy bien."

¿Los críticos?

Dalí, con buen humor, sostiene: -La mayoría son artistas fracasados; algunos son estimables, pero bueno sólo hay uno... Dalí.

La pintura, para él, es el arte máximo. Muy por encima de la música. Del mismo modo que el ojo es más valioso que el oído.

Habla también de las palabras que resultan más horribles. El peor sonido, en su opinión, es broadcast. El más bello: violettes de Parme.

-¿Y cómo se definiría usted en una palabra?

-Genio.

-¿Y, en una frase? -preguntamos, para concluir la charla.

-Genio y figura hasta la sepultura -dijo el artista de largos cabellos. (Aclara que los lleva así desde hace mucho tiempo.)

No hago más preguntas. Sólo una petición. "¿De un autógrafo?", indaga en el acto Dalí. Y, al responderse afirmativamente, plasma su firma, con una cruz, corona y fecha, en una cuartilla. Hecho ello, infatigable, iniciaba una nueva entrevista. Con gente de la televisión francesa.

-¿Así es siempre? ¿Tan de buen humor? -pregunto a la muchacha que nos acompaña hasta la puerta.

-Sí. El señor siempre es así. Tiene siempre buen humor...

La verdad es de creerse. 🐻

\*Tomado del libro Nueve famas. Enrique Loubet Jr. Archivo del Fondo. Fondo de Cultura Económica. México, D. F. 1975. 113 pp.